

cando con ternura á Jesus y María, hasta que espiró. Tenia cuarenta y cinco años de edad. (*)

CAPITULO XXXII.

Gran número de mártires sacrificados en cuatro años, entre los que habia seis japoneses del Tercer Orden de San Agustin, decapitados el 28 de Setiembre de 1630.

Se cuentan mas de trescientos confesores de Jesu-cristo, martirizados en los cuatro años que mediaron de principios de 1629 á fines de 1632. Pero solo nos resta referir los dos martirios que terminan los procesos verbales apostólicos de Manila y Macao, pues para los demas no hubo los testigos suficientes. El primer martirio tuvo lugar el 30 de Setiembre de 1630, en el que vemos el triunfo de seis valerosos cristianos japoneses, catequistas, huéspedes y domésticos de los Padres de San Agustin, y que pertenecian al Tercer Orden de su regla.

He aquí lo que bajo la fé del juramento depuso un testigo respecto de todos ellos: "Preguntado el testigo si conocia á Juan Cocumbuco, catequista del Padre Bartolomé Gutierrez, á Pedro y Tomás Cufioie, á Lorenzo Xizo, á Miguel Kinoxí y á Mancio Xizizoimon, hermanos terceros de San Agustin, respondió: que estuvo presente á su martirio y les vió decapitar á todos. Además, añade, que fueron apresados en Nangasaki, porque ayudaban á los Padres en la predicacion evangélica; y que como los siérvos de Dios no cesasen de predicar cuando iban al suplicio, vió

(*) Bartoli, lib. IV. núm. 117.

que les pusieron en la boca unas cuerdas á manera de freno, para que ya no pudiesen hablar." Otro testigo declaró, "que él mismo habia sido encargado por el Padre Bartolomé Gutierrez de llevar á los referidos mártires á la misma prision el hábito de terceros de San Agustin, y que en seguida les vió decapitar, revestidos ya con sus hábitos. (*)

CAPITULO XXXIII.

Tres sacerdotes de San Agustin, uno de la Compañía de Jesus, un hermano lego de San Francisco y un sacerdote secular del Tercer Orden, atormentados primero por las aguas ardientes del monte Ugen, y despues quemados vivos en Nangasaki el dia 8 de Setiembre de 1632.

Hacia el fin de Julio de 1629, Takimaga Uneme desembarcó en el puerto de Nangasaki, enviado por el emperador con los mas amplios poderes para reemplazar á Cavaci en la presidencia de Ximo, es decir, de todas las provincias meridionales del Japon. Gobernaba una parte del reino de Bungo, y es necesario colocarle en 1614, entre los mas grandes perseguidores de esta cristiandad. Escitado por su crueldad natural y por las órdenes espresas del emperador, desde que saltó á tierra se propuso destruir enteramente la fé cristiana, no solamente en Nangasaki, sino en todos los países vecinos. Lo primero que hizo fué, mandar comparecer á su tribunal treinta hombres y veintisiete mujeres, y despues de haberles

(*) Proceso apostólico de Manila y Macao.

apremiado inútilmente con amenazas y promesas á renegar la fé, el día 3 de Agosto les envió al monte Ugen, recomendando á los verdugos que les atormentasen sin piedad con las aguas hirvientes y con los rayos del sol, pero de manera que pudiesen quedar capaces de soportar tormentos mas grandes todavía. Las memorias que los diarios holandeses de esa época nos dan respecto de estos últimos mártires, dicen que se usó contra ellos, y sobre todo, contra las mujeres, de unos suplicios horribles, en los que hasta entonces jamas se habia pensado. Estas fueron espuestas á los insultos del populacho, y para mas ignominia, se les hizo caminar á gatas como animales; fueron hundidas en grandes fuentes llenas de aguas y culebrás; se les quemaron los costados con hachas encendidas, se les quemó parte por parte de su cuerpo, y lentamente les penetraba el fuego hasta las entrañas. A los hombres, despues de haberles desgarrado las carnes con las aguas sulfurosas, les dejaron por la noche espuestos al vapor infesto de las aguas, que les tenian despiertos con sofocaciones penosas, hasta casi hacerles espirar. Muy pocos cristianos resistieron á estas bárbaras pruebas, lo mismo que muchos otros que fueron atormentados con la misma crueldad en Nangasaki y en los países cercanos.

Despues de este grande arresto que hundió á los fieles en un terror y timidez indecibles, Uneme fingió no ocuparse mas de los cristianos, ni de su religion, como si ya no quedaran restos de una y otros. Esto fué un ardid de este hombre astuto: quería inspirar confianza á los religiosos para que salieran de sus escondites, y volviesen al ejercicio de su ministerio; pero al mismo tiempo envió secretamente espías por todas partes, que debian estar de centinelas en todos los pasos y caminos, y observar el interior de

las casas, prometiéndoles una gran recompensa, si lo graban aprehender á un religioso.

Y como cada piedra por decirlo así, ocultaba una serpiente, ya no era posible que los religiosos, cualquiera que fuese su prudencia y su disfraz, saliesen impunemente del lugar de su ocultacion. Entre cien que escapasen de los perseguidores, al menos uno ó dos debian caer en sus manos. Así es que, muy pronto estuvieron en poder de Uneme cinco religiosos, tres de la Orden de San Agustin, el cuarto fué el Padre Antonio Ixida, jesuita, el quinto, el hermano Gabriel de la Magdalena, lego de San Francisco, al que en seguida se reunió el Padre Gerónimo de Torres, japonés, y tercero de San Francisco. El primero que cayó en el lazo fué el Padre Bartolomé Guierrez, agustino. Estaba retirado en Coga, situado en el reino de Arima; pero no teniendo absolutamente cosa alguna que comer envió á su sirviente á la ciudad para hacer las provisiones necesarias. En el camino le aprehendieron los espías y le llevaron ante el gobernador; fué puesto en el tormento que lo sufrió valerosamente, pero su huesped no lo hizo así, sino que inmediatamente confesó todo. Luego fué enviada una fuerza armada para aprehender al Padre Bartolomé; pero este habiendo sospechado lo que pasaba, buyó y fué á refugiarse al territorio de Isafai, donde no hallando quien quisiese darle hospitalidad, se ocultó en un bosque. Al fin fué descubierto y conducido á Nangasaki con su catequista Cocumbuco y su sirviente Miguel Kinoxi.

Pocos días despues se les asoció el Padre Antonio Ixida de la Compañía de Jesus, que desde el principio de Agosto durante la persecucion, habia permanecido en Nangasaki; y que al fin de Setiembre, considerando que ya no era necesaria su permanencia

allí, se fué á Omura para ver á los suyos. Cartas del Padre provincial, le llamaron muy pronto á Nangasaki para que confesase á un cristiano que estaba enfermo de peligro. El ocurrió con buena voluntad y aun con particular alegría, pues el corazón le avisaba que Dios quería que fuese preso en esta vez. Se estuvo cinco dias en esta ciudad, porque otros enfermos igualmente graves reclamaban sus cuidados. A esta sazón fué preso el Padre Gutierrez, y con este motivo, el cristiano que hospedaba al Padre Antonio, quedó tan espantado que le suplicó fuese á ocultarse á otra parte. El Padre Antonio pasó la noche siguiente en casa de Jacobo Nacaxima, hermano del bienaventurado mártir Miguel, que sabiendo que el Padre había sido despedido de la casa primera, inmediatamente le trajo á su propia casa. “La mañana del día siguiente, 14 de Noviembre, (escribia en una carta) despues de haber celebrado la Misa, en la que hice á Dios la ofrenda de mi vida, oí á mis espaldas ruido como de pasos, y volteando á ver, encontré á uno de los hombres del presidente Uneme, con dos sables á los lados y que me preguntó, quien era. “Soy sacerdote, le respondí.” Pues yo vengo á aprehenderos, me contestó. En esto llegaron otros muchos, y yo estendí los brazos diciéndoles: “Pues bien, atadme.” Así lo hicieron y me llevaron al palacio del presidente, donde encontré un oficial que procuró persuadirme que salvase la vida, abandonando la ley de Dios. Yo le respondí con presteza, que si tuviera cien vidas, las sacrificaría mejor que renegar la fé. Entonces fui encerrado en una estrecha prision, en que ya estaban el Padre Bartolomé, Juan su catequista y sus dos sirvientes, todos con grandes grillos, fabricados por los holandeses, y de los que se me pusieron tambien. Poco despues se nos cam-

biaron por collares de fierro cerrados al cuello.” Añade que dos ocasiones compareció ante Uneme, con quien tuvo una gran discusion religiosa, pero que obligándole al fin á que renunciase á la fé, no quiso ya responderle mas.

El 10 de Diciembre fué llevado á la prision de Omura con los otros confesores de Cristo, el Padre Bartolomé Gutierrez, Vicente Carvalho, y el Padre Francisco de Jesus, todos los tres agustinos, el hermano Gabriel de la Magdalena, franciscano, y el sacerdote Gerónimo. La vida que todos entablaron por cerca de dos años de prision, fué mas austera por necesidad y por eleccion. Ayunaban todos los dias, y solo hacian una comida, compuesta de una pequeña medida de arroz negro, sin condimento alguno: su sueño era muy penoso, tanto por la dureza del suelo, como por la estrechez del lugar, en el que no cabian sino recostándose unos sobre otros: cuatro dias á la semana tomaban una dolorosa disciplina; y su ocupacion continua y única era orar, hablar de Dios, y suspirar por el martirio. El 23 de Noviembre llegó improvvisamente de la ciudad de Omura una fuerza armada, que debia conducir á los prisioneros para Nangasaki: ellos creían encontrar la hoguera preparada pero aun no habia sonado la hora del martirio, pues solo se les trasladó á otra horrible prision sin decirles nada de lo que les esperaba.

El presidente hubiera querido, sobre todo, que el Padre Ixida apostatase, en razon de que era hijo del país: dos ocasiones le hizo comparecer ante él, con este objeto, y redobló sus asaltos, empleando toda su habilidad para decidirle, que al menos fingiese que habia renunciado su fé, asegurándole que le salvaria la vida, y le colmaria de honores y riquezas; pero el Padre siempre é invariablemente le respondió, que

apreciaba su fé mas que cualquiera otra cosa, y que con mucha voluntad se someteria á toda clase de suplicios, antes que renunciarla.

Habiendo todos resistido á las solicitudes de los jueces, fueron entregados en manos de los verdugos, quienes les condujeron al monte Ugen, el día 3 de Diciembre. Luego que llegaron á Fimi, lugar que dista una legua de Nangasaki se les encadenó á los bordes de las barcas, se les pusieron grillos, y se les amarraron estrechamente los brazos y las manos. Al ponerse el sol arribaron al puerto de Obama, donde pasaron la noche, y á la madrugada siguiente subieron la montaña. En todos los desfiladeros pusieron guardias, para que nadie les siguiése, ni tuvieran testigos y consoladores en la verdadera carnicería que en ellos debia hacerse. Y para que no pudiesen alentarse mutuamente, se construyeron seis cabañas muy distantes unas de otras, en cada una de las cuales permanecia un preso atado con cadenas para que no saliese á animar á sus compañeros. Al siguiente dia, uno á uno fueron llevados al borde de la gran fosa que llaman "Boca del infierno," donde se les sujetó á los largos y horribles tormentos de las hirvientes aguas; y luego se les tentaba, diciéndoles: "que aun era tiempo de que se compadeciesen de sí mismos, que fuesen discretos, y pronto hiciesen lo que al fin harian, vencidos por los dolores intolerables, y por el grande sacrificio de sus cuerpos; que no eran de piedra, ni mas valientes que tantos centenares de cristianos, que habian concluido por rendirse á la violencia del tormento." El Padre Ixida ha escrito despues, que cualquiera que fuese la verdadera razon, ó por el frío que ese dia era muy intenso, ó por alguna otra causa, esas aguas sulfurosas, turbias y fétidas de que ya hemos hablado hervian con tal violencia, que al oír

su rumor y ver saltar al aire sus burbujas cualquiera hombre esforzado, se habria espantado si Dios no le sostuviera con una gracia extraordinaria. Dios fortificó á los seis, y cada uno respondió generosamente, que se ofrecia á padecer por su fé peores tormentos, si peores pudieran imaginarse. Cada verdugo tenia una grande cuchara de madera, agujerada en el centro, y llenándolas de agua, destapaban el agujero del que corria un grueso chorro que hacian caer sobre cada parte del cuerpo del paciente, quien permanecia recto en pié. Una vez vacia la cuchara, la llenaban de nuevo y la vaciaban segunda y tercera vez sobre cada uno de los mártires. En este suplicio, la piel se desprendia en largas fajas y el cuerpo se hinchaba, porque este es el efecto natural de esas aguas; y sin embargo, ninguno de los mártires dió señal de dolor, con admiración y rabia de sus verdugos. Se hallaba presente un médico que calculaba las fuerzas del paciente, y que aun les aplicaba emplastos sobre las llagas, cuando eran demasiado profundas, á fin de prolongar por mas tiempo sus sufrimientos. El mismo médico no permitia que fuesen atormentados mas de dos veces al dia, cuatro que eran de complexion delicada; mientras que al Padre Antonio Ixida y al Padre Francisco de Jesus, que eran mas robustos, les dejaba sufrir este espantable suplicio hasta seis veces. Verdad es que ademas de su robustez, habia tambien otro motivo para tratarles con tanta crueldad: respeto del Padre Antonio era la constancia con que resistió tanto á todas las súplicas como á los ofrecimientos de Uneme; y en cuanto al Padre Francisco era, que le hablaba con una libertad verdaderamente cristiana, y que á pesar de las prohibiciones, cantaba y oraba en alta voz. Durante un mes entero fueron así atormentados y quemados con tres grandes cu-

eharadas de las aguas ardientes. Todo Nangasaki, como todo Tanacu, no hablaba mas que de estos mártires, alabando su heroica constancia y exaltando la fé cristiana: y con justo motivo, pues el dolor no les arrancó un solo grito, parecia que ni lo sentian; y al contrario, cada dia estaban mas gozosos, y tan reconocidos á sus verdugos, que llegaron á decirles, que inventasen tormentos mas dolorosos.

El Padre Ixida predicaba á los paganos y á los renegados y logró ganar á muchos. Los verdugos llegaron á convencerse de su inhumanidad, y á decir á Uneme, que todos los pozos del monte Ungen se agotarian antes que seducir á uno solo de estos cristianos. Pues bien, respondió el bárbaro, que se les vuelva á llevar á Nangasaki, lo que sin embargo no tuvo lugar, hasta que él marchó para la corte, pues consideraba como deshonor suyo la entrada que, á manera de triunfadores, harian á Nangasaki, estos invencibles confesores de Jesucristo.

El 25 de Enero de 1632 fueron encerrados en la prision comun, donde encontraron grandes sufrimientos y tambien grandes alegrías, durante los ocho meses que se prolongó su detencion. En fin, llegó el dia en que por medio del fuego lento, consumaron el sacrificio de su vida. La víspera, les propuso Uneme que si no querian ser quemados vivos, que negasen su fé: todos á una voz respondieron, que preferian padecer toda clase de tormentos. Oida su respuesta, el presidente mandó preparar los postes y la hoguera en la que se empleó únicamente madera verde y humedecida con fango, para templar la accion del fuego y prolongar mas los dolores. El 5 de Setiembre, todos los seis fueron puestos en literas enteramente cerradas para sustraerles de la vista del pueblo, y así se les condujo al monte de los mártires, precedidos

de un soldado que en la punta de su pica, llevaba la sentencia concebida en estos términos: "Estos son condenados á muerte por ser sacerdotes de los cristianos, y porque han predicado la ley de Jesucristo en el Japon." Luego que llegaron á la cima de la colina y salieron de las literas, entonaron el Salmo *Laudate Dominum omnes gentes*, y despues cada uno por su lado, habló al pueblo. En seguida fueron atados á sus postes muy ligeramente y con cuerdas muy delgadas, para que fácilmente pudiesen huir.

Tan pronto como el fuego prendió en la hoguera el Padre Vicente de San Antonio sacó de su seno un pequeño crucifijo, y volviéndose hácia sus compañeros, les dijo: "Adelante, valerosos soldados de Jesucristo; viva su fé! y por ella valerosamente muramos." Todos alababan á Dios, hasta que espiraron sofocados por las llamas y el humo. Como de costumbre, reunieron los huesos y las cenizas de las víctimas y les dispersaron en la mar.

Ahora demos algunos detalles sobre cada uno de los mártires. El bienaventurado Padre Bartolomé Gutierrez, nació en México, en el mes de Setiembre de 1580. Sus nobles y ricos padres le dieron una educacion muy cristiana, y á la edad de diez y seis años tomó el hábito en el convento de San Agustin, y profesó el dia 1.º de Julio de 1597. Pasó á las Filipinas en 1606, y concluidos sus estudios recibió el presbiterado. La alta opinion que se tenia de su virtud, obligó á los superiores á darle por muchos años el cargo de Maestro de novicios, aunque él ardía en deseos de propagar la fé entre los idólatras, y de derramar su sangre por Jesucristo. Para merecer esta gracia, consagró largas horas á la oracion, y macebaba su cuerpo con asperas penitencias. Dios le escuchó, y sus superiores le enviaron al Japon en Mayo

de 1613. Por espacio de diez y ocho años recorrió estos reinos en todas direcciones, y desafió todos los peligros por socorrer á las almas. Hemos visto muchas cartas de los Padres de la Compañía, que estaban ligados con él íntimamente, y en ellas dicen, que le consideraban como á un hombre de una prudencia, de una dulzura y de un celo digno de todos los elogios.

El bienaventurado Vicente Carvalho, ó de San Antonio, fué portugués. Nació de padres ilustres en Alfama, lugar inmediato á Lisboa. Los agustinos le recibieron en su convento de Santa María de la Gracia, donde pronunció sus votos el año 1587. Hizo sus estudios y se ordenó de presbítero en Portugal. Muchos años despues, es decir, en 1621, su celo por la salud de las almas le condujo á México, al siguiente año á Manila, y por fin al Japon en 1623, cuando la persecucion ardia con mas furor. Durante algunos años estuvo oculto trabajando en secreto, por sostener á los fieles, y convertir á los gentiles, hasta que plugó á Dios satisfacer sus deseos otorgándole la corona de mártir.

El bienaventurado español Francisco de Jesus nació en Villa Médiana, y sus padres Pedro de Ortega y María Perez, descendian de familias nobles y ricas. A la edad de ocho años quedó huérfano, pero fué educado en la virtud y en las letras por dos tíos suyos sacerdotes. A los diez y siete años, es decir, en 1614, entró á los agustinos descalzos de Valladolid, y en 1622 siendo ya sacerdote pasó á México; al año siguiente fué enviado á Manila, y por fin al Japon con el oficio de Vicario provincial. Fué preso juntamente con el Padre Vicente Carvalho su inseparable compañero, y con él sufrió los padecimientos de una larga prision, y el martirio de las aguas sulfurosas y del

fuego lento donde acabó, siendo víctima por Jesucristo.

Ximabara, aldea del territorio de Arima en el Japon, fué patria del B. Padre Antonio Ixida, que en el tiempo de la persecucion tomó el apellido portugués. "Pintó." Desde su infancia entró al Seminario de la Compañía de Jesus; y siendo de diez y nueve años, le recibió la orden en 1589. El perfecto conocimiento que tenia de las sectas paganas, y su rara elocuencia daban á su ministerio una eficacia admirable. Recorrió un gran número de provincias, predicando por todas partes el reino de Dios, convirtiendo á muchos infieles, y entre ellos un número considerable de personajes de alto rango. Su intrepidez le hacia despreciar los peligros. Burlaba la sagacidad de los carceleros disfrazándose, y así penetraba en las prisiones donde los cristianos esperaban el martirio, y les procuraba los socorros y los consuelos del santo ministerio: sufrió la prision, el destierro, y toda clase de trabajos con una generosidad de corazon heroico. Vivió sesenta y tres años, de los que empleó útilmente cuarenta en servicio de la religion.

El B. Gerónimo de Torres, era tambien japonés, y alumno del Seminario de Arima. Probablemente siendo jóven y estando en Manila cambió su nombre. Allí mismo hizo sus estudios y recibió el sacerdocio; y durante muchos años consagró sus cuidados á los japoneses que estaban en dicha ciudad, como desterrados ó como comerciantes. La vista de los males extremos de los cristianos perseguidos en el Japon, le movió á compasion, y por este motivo volvió á su patria en 1628, para llevarles algun socorro. Iba á buscarles á la cumbre de las montañas mas escarpadas, y al fondo de los valles y de los bosques, donde

un gran número se había refugiado para escapar de los tormentos y de la muerte. El Padre Jacobo de San Francisco, comisario de su Orden, por consolarle le recibió en la Tercera Orden, y entonces tomó el nombre de Gerónimo de la Cruz. En 1631 cayó en manos de los enemigos, y en union de los otros religiosos sufrió un año de muy dura prision, despues el tormento de las aguas hirvientes, y por último la muerte, rehusando constantemente renegar de la fé, y fingir la apostasia, como se le insinuaba con repetidas instancias.

El bienaventurado hermano Gabriel de la Magdalena, hijo de honestos y piadosos padres, nació en Fonseca, en Castilla la Nueva. Vivió en el siglo hasta la edad de treinta años, una vida tan ejemplar que le llamaban el santo. El deseo de mayor perfeccion le llevó al seno de los religiosos franciscanos descalzos, de la provincia de San José, donde profesó como hermano lego. Sin la vigilancia de los superiores, hubiera llevado á un extremo su espíritu de mortificación y de pobreza. Frecuentemente se le oia repetir algunas máximas espirituales que le escitaban lo mismo que á los demas á caminar á la perfeccion cristiana. La lectura de las cartas del Japon le inspiró un gran deseo de ir allá á trabajar por la gloria de Dios, lo que alcanzó yendo por la via de Manila en 1642. Luego que pudo hablar el idioma del país, aprovechando algunos conocimientos de medicina que poseía, se dedicó en los hospitales al servicio de los enfermos y leprosos. Les cuidaba con la mayor ternura, besaba sus piés y aun sus llagas; y se dice que muchas veces Dios hizo por sus oraciones varias milagrosas curaciones. Muchas personas, aun de entre los paganos ocurrían á él, y él les recibía con muy buenas maneras, procurando ganarles para la fé. Vi-

sitaba á los cristianos ocultos en las montañas inmediatas á Nangasaki, cuando le apresaron el 20 de Marzo de 1650, y le condujeron á la prision donde ya estaban los Padres agustinos y el Padre Ixida. Entre tanto cayó gravemente enferma una parienta cercana del gobernador, y con este motivo sacaron al hermano Gabriel de la prision, rogándole que fuese á curarla. El no solamente cuidó el cuerpo de la enferma, sino que estendió sus cuidados al alma, trabajando porque se hiciese cristiana; con lo cual el gobernador se irritó de suerte con el siervo de Dios, que le hizo amarrar, llevar á la prision, y sufrir muchos maltratamientos. Muchas ocasiones se le ofreció la vida al precio de la apostasia, pero él siempre rechazó con horror esta proposicion impia.

Muchos testigos depusieron en los procesos verbales, que mientras el siervo de Dios estaba en el tormento de las aguas del monte Ungen, milagrosamente desaparecia, y en seguida volvía á verse, y que una vez tenia en las manos unos panes calientes que daba á los verdügos para que se alimentaran. Otros afirmaron haberle visto elevado sobre la tierra y rodeado de una brillante luz mientras estaba en oracion. Cuando le amarraron al poste en la hoguera, se puso de rodillas, elevó los ojos y las manos al cielo, y permaneció inmoble hasta espirar. (*)

(*) Proceso apostólico.

CAPITULO XXXIV.

Condicion de los doscientos cinco mártires. Destruccion de la cristiandad del Japon. Esperanzas para el porvenir.

En todo lo antecedente hemos dado, con objeto de edificar á los fieles, las relaciones suscitadas de treinta y dos martirios, segun el órden de los tiempos en que tuvieron lugar, extractadas de memorias auténticas, y de testimonios confirmados con la fé del juramento. Estas relaciones reunidas contienen los martirios de doscientos cinco confesores de la fé de Jesucristo, consumados con diversos géneros de muerte en odio y por la defensa de la fé católica. Segun el catálogo presentado á los jueces apostólicos en Manila y en Macao por los procuradores de las cuatro Ordenes religiosas, pertenecen á los Padres dominicos, veintiun religiosos sacerdotes, clérigos y legos, y veinticuatro seculares tanto del Tercer Orden, como sirvientes de los Padres: á la Orden de San Francisco pertenecen diez y ocho religiosos presbíteros, clérigos y legos, y once seculares del Tercer Orden; y los ermitaños de San Agustin, cinco sacerdotes y seis seglares terceros; y finalmente, á la Compañía de Jesus, pertenecen treinta y tres religiosos sacerdotes, escolares y hermanos coadjutores con siete catequistas y diversos huéspedes y domésticos.

Muchos otros mártires seculares de los dos sexos no pueden clasificarse así, ni atribuirlos á quien tenga derecho, porque estos buenos cristianos, deseando santificarse mas y mas, se afiliaban sucesivamente en muchas Ordenes y cofradías como son la del Santo Rosario, del Cinto, de las Sagradas Llagas, y las Con-

gregaciones en honor de la Virgen Santísima, de San Francisco Javier, de San Ignacio y otras muchas que los misioneros establecian como otras tantas escuelas de piedad y de perfeccion cristiana.

Aunque nuestras relaciones solo lleguen al año de 1632, no por eso hemos de creer que la persecucion cesó en esta época, y que ya no hubo mártires en el Japon. Desde 1633 á 1646, ademas de cien cristianos seglares, se cuentan siete religiosos de Santo Domingo, dos de San Francisco, otros dos agustinos, y cuarenta y tres de la Compañía de Jesus, muertos á fuego lento, ó con el tormento horrible de la fosa. Estos fueron los últimos que permanecieron ó que pudieron penetrar al Japon; pues por las intrigas de los holandeses y de los ingleses, tanto los españoles como los portugueses, fueron escludidos de todo comercio con este país, en virtud de un edicto de perpetuo destierro. Ademas, el emperador publicó una ley, ordenando bajo pena de muerte, á todos los súbditos del imperio, que llevasen al cuello visiblemente una imágen de cualquier ídolo; y á todos los extranjeros, que no saltasen á tierra en ninguno de sus puertos, sin hollar al momento con los piés un crucifijo, como una protesta de que nada tenían de comun con la ley y el Dios de los cristianos. De esta suerte quedó cerrada la puerta á los misioneros católicos, y la cristiandad fué enteramente destruida. ¡Espantoso ejemplo: y tal vez el único en la historia eclesiástica, el de una Iglesia numerosa, floreciente, y regada con la sangre de muchos mártires, que ha desaparecido por una secreta y adorable permission de Dios!

Pero esa sangre vive, como la semilla arrojada debajo de la tierra, y á su tiempo deberá germinar y dar sus frutos en abundancia. Sí, dia llegará para el Ja-

pon, como ha sucedido en el resto del mundo, en que la sangre de tantos centenares de mártires japoneses y europeos, derramada sobre ese desgraciado país, se reanime, cuando Dios por los ruegos de sus mártires, incline sobre él sus ojos misericordiosos, y haga que de nuevo brille en él la luz del Evangelio. Tenemos ya indicios y hasta puede decirse, pruebas de esta cercana resurreccion: de muchas fuentes nos vienen noticias confirmadas por personas de autoridad, como testigos oculares, de que muchos japoneses guardan en su corazon los principios de la fé católica, y que aun conservan el uso del bautismo; que ademas, tienen siempre en gran veneracion el Santo Monte de los Mártires de Nangasaki, y que en las casas particulares, por diversas partes se ven algunos signos de la religion cristiana.

Por otra parte, la solemne canonizacion de los primeros veintiseis mártires del Japon, segun consta de cartas recientes de los Vicarios apostólicos de Corea y de la China, ha escitado un movimiento religioso en algunas poblaciones del Japon, que se han avocado con los misioneros católicos, pidiéndoles con ansia noticias de Roma y del Vicario de Jesucristo. ¿Qué pues, no hará á su vez esta nueva glorificacion de estos otros mártires, cuya mayor parte se compone de japoneses de toda condicion, de toda edad y todo sexo?

La causa de estos mártires se habia introducido en los tiempos pasados, y planteado con buen suceso; y estaba tan cerca de una conclusion favorable, que la ilustre familia Spinola, habia preparado en Génova una suntuosa capilla adornada con los mas bellos mármoles para dedicarla al culto del bienaventurado Carlos Spinola, su pariente. Despues no se sabe por qué motivo, esa causa fué abandonada y cayó en el

olvido por cerca de dos siglos; pero resucitada con celo en estos años últimos, y conducida felizmente á su término, por la benevolencia del Soberano Pontífice Pio IX, ella será, sin duda alguna, como una nueva luz que disipe las tinieblas de la idolatria en ese desgraciado imperio. No, no ha sido sin una particular disposicion de Dios, que en tan pocos años, y segun todas las fórmulas establecidas, hayan tenido lugar la canonizacion solemne de veintiseis mártires del Japon, y la solemne beatificacion de otros doscientos cinco mártires de la misma comarca.

CAPITULO XXXV.

Prodigios con que, en diferentes épocas, Dios ha glorificado á los bienaventurados mártires.

Vamos á terminar refriendo algunos de los milagros que Dios se ha dignado obrar en honor de nuestros bienaventurados mártires. Verdad es que cuando se trata de los mártires, los milagros que en ellos deben considerarse son, su constancia en la confesion de la fé, y su valor en soportar hasta la muerte los mas crueles tormentos. Así lo ha dicho San Eusebio, obispo de Córdoba, en su Apologético: *“Verdaderamente es necesario creer que el grandor de los mártires consiste, no en los prodigios y milagros, sino en la integridad de la fé y en la constancia en profesarla.”* Pero como quiera que sea, Dios se ha complacido tambien en honrar á sus siervos mediante los milagros.